

El señor de las sonrisas

Rodolfo Vargas

En el centro de un pequeño pueblo llamado Mixtenehuán, un señor sacaba su guitarra y se ponía a cantar “Cielito Lindo”. Cantaba y cantaba, y la gente se reunía alrededor de él. De pronto vi un carro último modelo estacionarse muy cerca de donde estábamos y se bajó un hombre muy trajeado con reloj que reflejaba la luz del sol, y unos zapatos con un brillo cual diamante. Pasó de largo, pero de pronto se detuvo a observar al hombre de la guitarra. Cuando terminó, toda la gente le aplaudía y gritaban: -¡Esas son las meras buenas! ¡Esas canciones están fregonas!.

De pronto se escuchó una voz grave con un tono irritado. Era el señor que se había bajado del carro.

-¿Pero qué jerga es ésta? ¿Por qué festejan esta vida de mediocridad que llevan?-

- ¿Cuál es el problema respetable caballero? dijo aquel hombre de la guitarra. -

-¿Qué no lo ves? Ustedes fueron por la vida dándose por vencidos en sus sueños, en la educación, y han contribuido día a día a la corriente de pobreza que actualmente tiene este país. Ustedes traen al mundo hijos que no pueden mantener y que están destinados al fracaso. Y aún después de todo esto, todavía tienen el descaro de reunirse en un lugar público y cantar y celebrar su mediocridad. ¿No ves la diferencia entre tú y yo?-

El hombre de la guitarra sonrió y con mucha calma le preguntó:

-¿Cuál es su nombre?

- ¡Soy el licenciado Luévano!

-Mucho gusto, yo soy Miguel Sánchez, para servirle. Y quiero decirle, con todo respeto, que usted y su gente de la alta sociedad están mal. Nos hacen creer que para triunfar en la vida, debemos todos hacer un sinnúmero de sacrificios. A veces las metas cumplidas no fueron nunca un logro con el que soñábamos. Nos hacen creer que para ser felices tenemos que tener mucho dinero y por ende muchos lujos. ¡No, no y no! La vida no se trata de tener que hacer sacrificios todo el tiempo. Se trata de ser feliz de cualquier manera, de levantarse en la mañana y disfrutar el olor del guiso de la madre o la esposa, de decirle buenos días a la familia reunida en la mesa, de darle gracias a Dios por tener la oportunidad de ver un nuevo amanecer, de poder aprender algo nuevo cada día, de saber valorar las amistades que lo rodean, de ayudar a las personas en el súper y en todas partes, de salir a correr o a ejercitarse por gusto y no por apariencia, de leer un buen libro, de expresar lo que se siente, de cantar a todo pulmón, de percibir el olor de las flores, de sentir la brisa de las mañanas, de hacer el bien, no porque se vea bien sino porque es lo correcto, y sobre todo de sonreír todo el tiempo. Entonces, cuando vea ocurrir todas estas cosas en su vida caballero, sabrá que habrá triunfado y que no es solamente un número más en el mundo. -

Después, Miguel sonrió, y con mucha calma siguió su argumento.

-Y sí, veo la diferencia. La diferencia es que usted trae un reloj en su mano que lo hace esclavo del tiempo, y yo traigo una guitarra que libera mi alma con cada canción. La diferencia es que usted trae una cruz de oro en su cadena que representa a un Dios muerto y la esperanza perdida, y yo traigo un escapulario que representa la fe viva. Usted lleva unos lentes oscuros que reducen la claridad del sol, y yo traigo mi vista desnuda para ver la verdadera belleza de las personas y para que vean la sinceridad del cariño en mi mirada. La diferencia es que usted tiene un tatuaje de un ave cuyas alas no se elevan, y yo tengo cicatrices de la pobreza que me dieron las cualidades del fénix para convertirme en una mejor persona. La diferencia, es que usted tiene la tristeza grabada en el fruncir de sus cejas,

y yo tengo miles de amigos que se contagian con las sonrisas que se cultivan en mi boca. La diferencia caballero, es que yo soy feliz.-

El hombre de “abolengo” sostuvo la mirada, pero había un torbellino de sentimientos en su interior. El músico prosiguió y cantó “El rey”. Y con igual rapidez, la gente se olvidó de lo ocurrido y continuaron cantando. Algo confundido, el joven de traje siguió caminando, y antes de entrar a la biblioteca vio una placa con un mensaje que leía: “En agradecimiento al Dr. Miguel Sánchez que con modestia y dedicación ha construido un templo donde comienza el futuro de nuestras mentes”.